

Tomar al jefe del Gobierno como rehén y forzar la formación de un nuevo Gabinete, objetivos de los conspiradores

“Operación Galaxia”: golpe de mano frustrado contra el presidente Suárez

La noche del 16 al 17 de noviembre de este año ha sido, probablemente, la más dramática de cuantas vivió el Gobierno Suárez. Más dramática aún que aquella en que sus miembros temieron que los GRAPO arrojaran en cualquier cuneta el cadáver de Antonio María de Oriol, o que la de los asesinatos de los abogados laborralistas de Atocha. En la noche del 16 al 17 de noviembre lo que se dibujaba era una intentona de golpe militar, de alcance y origen no totalmente conocidos. El Rey tenía previsto partir para México en visita oficial a la

A partir de ahí, los autores esperaban que algunas unidades del Ejército y especialmente de las fuerzas de orden público, sensibilizados como están sus miembros después de la criminal oleada de asesinatos llevada a cabo por ETA en las últimas semanas, se sumaran a la iniciativa. El plan fue calificado de *descabellado* por algunos, pero no lo parecía tanto. El día 17 debían de estar fuera de Madrid no sólo el Rey, sino también el ministro de Defensa, los jefes de Estado Mayor de los tres Ejércitos y los jefes de las brigadas paracaidista, motorizada y acorazada, que asistían a un curso para ascenso a tenientes generales en Ceuta y las Canarias. Los servicios de información del Ejército averiguaron que recientemente numerosas reuniones habían tenido lugar entre jefes y oficiales de diversas armas en la cafetería madrileña Galaxia, de la que se había tomado el nombre para la operación.

Mandos de las brigadas de intervención inmediata —acorazada, motorizada y paracaidista—, así como de las fuerzas de orden público, habían sido contactados, fundamentalmente por un teniente coronel de la Guardia Civil y un capitán de la Policía Armada, para informarles del plan e invitarles a sumarse a él. Aunque todavía no se ha podido comprobar, existe la razonada sospecha de que alguien más estaba detrás de dichos oficiales y que, de otro modo, ellos no se habrían puesto a realizar los contactos. La mayoría de los militares abordados se apresuraron a poner el hecho en conocimiento de sus superiores. El coronel Quintero, antiguo jefe superior de Policía de Madrid, con enorme prestigio entre la policía y el Ejército y antiguo integrante del equipo de confianza del asesinato almirante Carrero Blanco, fue una de las personas que recibió la visita de los conspiradores. Quintero, como tantos otros,

mañana siguiente, y los informes que en la mañana del 16 había recibido el presidente Suárez, provenientes de los servicios de información de los tres Ejércitos, eran más que preocupantes. Se preparaba un *golpe de mano* bajo el código de «Operación Galaxia» destinado a detener, en ausencia del Monarca, al presidente del Gobierno, después de tomar el palacio de la Moncloa, aprehenderle como rehén y forzar la formación de un Gabinete de *salvación nacional* opuesto al proceso democratizador.

comunicó sin dudar lo sucedido a su inmediato superior. Pero, en muchos casos, o la aquiescencia pasiva de algunos superiores o la creencia de que todo aquello era una simple locura sin más consecuencias, llevó a algunos mandos del Ejército a callar sobre lo que se estaba fraguando. Sólo el jefe de un regimiento motorizado decidió comunicarlo directamente al Gobierno, y a partir de ahí se intensificaron las investigaciones, que fueron encargadas de manera oficial por el presidente del ejecutivo, al teniente general Gómez de Salazar, antiguo jefe de las tropas españolas en el Sahara en ocasión de la *marcha verde*.

En la noche del 16 al 17, el Rey, el presidente Suárez y el general Gutiérrez Mellado mantuvieron una larga reunión. La decisión tomada fue la de no aplazar el viaje del Rey. En lo que entonces se conocía del complot, no parecía que la propia figura del Monarca pen-

sara ser atacada directamente por los conspiradores, pero un supuesto probable era que se tratara de suspender la visita de Estado a tres países de América Latina con objeto de propagar o hasta publicar la noticia —en ese caso cierta— de que el Rey no viajaba a México por temor a un golpe militar. Es evidente que sólo un hecho así haría aumentar sobremanera la tensión nacional e internacional, y pondría en entredicho el futuro del régimen. Hay que tener en cuenta que el país vive fechas de especial significación, en medio de una oleada de terrorismo, inmerso en la campaña del referéndum constitucional y en vísperas del tercer aniversario de la muerte del general Franco. La extrema derecha trata de capitalizar esta situación en un esfuerzo desesperado por evitar la normalización política.

Una vez que se decidió seguir con los planes del viaje real, el presidente se reunió en la Moncloa con cerca de una docena de generales y mandos militares. La investigación sobre el complot estaba en marcha, pero se ignoraba hasta donde podían haber llegado los conspiradores. Era preciso garantizar la defensa del palacio de la Moncloa, caso de que alguien intentara tomarlo, y se contaba para ello con una compañía de la reserva general de la Policía armada.



La cafetería Galaxia, de la calle de Isaac Peral, fue el lugar de encuentro y reuniones de los conspiradores. El local es frecuentado habitualmente por clientes juveniles y es uno de los bares estudiantiles clásicos de la zona de Moncloa.

CHEMA CONESA

El Rey salió para México con la seguridad de que el complot estaba abortado

El teniente general Gómez de Salazar llevó a cabo las investigaciones

(Viene de primera página)

Se dio orden de extremar las medidas de seguridad en la sede presidencial, y se especificó la necesidad de identificar también a las personas de uniforme, y de cualquier graduación, que entraran en el palacio. A los generales que asistían en Ceuta y Canarias a los cursos para su ascenso se les solicitó regresar inmediatamente a Madrid.

El general Gómez de Salazar estaba siendo auxiliado por un auditor en las tareas de la investigación.

Ante la negativa de alguno de los implicados a reconocer los hechos tuvieron que ser careados con compañeros de armas a los que habían intentado sumar a la conspiración. A la postre se decidió abrir procedimiento judicial por vía militar, pero se ignora todavía de qué delito serán acusados los militares implicados, aunque se supone que se les inculpará por sedición e incitación a la rebelión.

Mientras la investigación avanzaba, el presidente permanecía reunido en su despacho oficial de la Moncloa a la espera de noticias. A medianoche alguien indicó que si el complot estaba en marcha y, toda vez que ya habían sido descubiertos algunos de sus autores, cabía la posibilidad de que trataran de acelerarlo y dar el golpe incluso antes de la marcha del Rey. El diario *El Imparcial* está siendo observado por las autoridades y la clase política con especial atención desde hace tiempo. Para los profesionales del periodismo y los intelectuales, *El Imparcial* está dedicado a la desestabilización y descrédito del régimen democrático y la Monarquía parlamentaria. En un tono confuso y vocinglero está manteniendo una feroz campaña anticonstitucional y utilizando todos los recursos imaginables en la intoxicación periodística. *El Imparcial* se distribuye profusamente entre los cuartos de banderas de los cuarteles. No es un periódico caro, pues mantiene una pequeña nómina, imprime pocas páginas y sus gastos de información son mínimos, toda vez que la base del diario son artículos, comentarios y cartas de los lectores. Pero, en cualquier caso, es harto

dudoso que sea autosuficiente económicamente. Sus fuentes de financiación son, en realidad, desconocidas y el único hombre que aparece visiblemente detrás es Domingo López, del Banco de Valladolid.

Leyendo *El Imparcial* resulta imposible enterarse de lo que pasa, tanto dentro como fuera de España, pero sus primeras páginas y sus editoriales vienen siendo una incitación decimonónica y atrabiliaria al golpismo generalizado. Entre la profesión se comenta que el director del diario es autor de una tesis, que varias veces ha expuesto en público, según la cual los períodos constituyentes en España acaban fatalmente en guerras civiles. Da la impresión cuando se lee

El Imparcial de que el periódico trata de demostrar la irreprochabilidad científica de semejante argumentación también en lo que se refiere a este período constituyente. Pero, al margen estas especulaciones, para algunos servicios de información *El Imparcial* resultaba algo más concreto, al menos en teoría: una pieza más de un tinglado que no se conoce. Un escritor mallorquín y resabiado, Juan Pla, columnista habitual del diario, acostumbra a hacer acrósticos con las primeras letras de cada párrafo de sus artículos. Lelo, Luna, Celo y Ala han sido las claves de los últimos días. Esto, que evidentemente es un juego, hay quien lo toma por una consigna. Celo correspondía a la fecha señalada para el golpe. En

la noche del 16 al 17 alguien pensó que podía ser casi un santo y seña, y cinco coches de la policía se presentaron en la sede del periódico con la orden tajante de impedir que saliera un solo ejemplar. Hay que tener en cuenta que una conspiración militar de alcance entonces desconocido estaba en marcha y que la medida de las autoridades venía justificada por la defensa de la legalidad frente a una agresión de perfiles aún difusos. Un par de horas más tarde éstos habían sido delimitados: no era «una tormenta en un vaso de agua» como algunos se empeñaban en señalar, pero tampoco un golpe de Estado. La orden de secuestro de *El Imparcial* fue levantada y cundió una explicación ridícula, en el sentido de

que se pretendía reforzar la seguridad de los periódicos y alguien había malinterpretado las instrucciones en lo que a *El Imparcial* se refería.

El peligro parecía conjurado. Ya se sabían los nombres de los principales encartados, o, al menos, los más activos en la conspiración, y estaba comprobado el poco eco que sus propuestas habían tenido en la oficialidad. La Guardia Civil y la Policía Armada habían sido acuarteladas y patrullas policiales recorrían Madrid avisando de cualquier movimiento injustificado de tropas. De madrugada se informó que una columna motorizada se encontraba en el puente de los Franceses, cerca de la Moncloa, y otros vehículos militares en la zona norte de la capital. Hubo momentos de extraordinaria confusión, porque en un principio nadie explicaba aquella presencia atípica de una columna militar en Madrid y se supuso que, efectivamente, podía estar relacionada con el complot. Minutos más tarde pudo comprobarse que eran fuerzas del regimiento Inmemorial n.º 1, que se retiraban después de unas maniobras ordinarias y previstas hacia tiempo.

Pasadas las cuatro de la madrugada los ánimos se relajaron. El presidente Suárez permaneció, no obstante, en su despacho toda la noche. Por la mañana despidió al Rey en Barajas y conversó ostensiblemente con él en un aparte, en el propio aeropuerto. Don Juan Carlos salió para México con las noticias de que el complot estaba abortado y de que tenía menos importancia de la que en principio se pudo temer. La prensa del día no publicaba nada al respecto, pero una fotografía en *EL PAIS* del general Prieto dialogando con Carrillo había contribuido también al tranquilizamiento. Prieto —destituido hace un año como jefe de la VI Zona de la Guardia Civil (León)— es señalado por muchos como una persona vecina a *El Imparcial*, y verle allí, frente a frente y en actitud civilizada, con el secretario del PCE era más que reconfortante.

El vicepresidente del Gobierno y ministro de Defensa marchó a Cartagena, donde debía acudir a un acto militar en medio de su gira por diversas guarniciones y acuartelamientos para dialogar sobre la Constitución y la situación política. En su reunión en el Arsenal tuvo lugar el incidente con el general Atarés, que ya había asistido a una reunión similar en San Javier y había guardado silencio; es más, había pedido personalmente permiso al propio Gutiérrez Mellado para asistir a la reunión del 17. ¿Fue su actitud una coincidencia fortuita o tenía que ver aquello con los sucesos de la noche pasada? Todas las fuentes dignas de crédito aseguran que son hechos completamente separados. En cualquier caso respondía a un estado de ánimo latente en determinados círculos del mando militar. Gutiérrez Mellado regresó a Madrid antes de lo previsto. Si no fuera por lo sucedido en Cartagena, la tarde del viernes habría sido más tranquila. Pero en los cuarteles comenzaron a cundir los rumores sobre los hechos del 16, a los que se sumaron los que contaban de la reunión del Arsenal. A primeras horas de la noche el Gobierno decidió dar una explicación más que somera, a través de la Secretaría de Estado de Información, y todavía se tardó algún tiempo más en comprobar que la situación era del todo normal. En la medianoche del viernes al sábado los ánimos se habían relajado y todo volvía finalmente a la tranquilidad. Suárez permaneció, no obstante, en su despacho hasta altas horas de la madrugada.